

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Administración. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Tres meses. 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.
 Se suscribe en la Habana.—Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de agosto, se servirán renovar oportunamente.

El medio más sencillo es por el giro mútuo ó en sellos de franqueo.

El mismo aviso damos á los encargados de la venta pública en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ

Si yo no fuera yo, escribiría un suelto diciendo que yo había llegado.

Diré, no obstante, que acabo de llegar.

Y diré además que he llegado á tiempo.

Mi amigo Rivera está enfermo: el primer artículo de GIL BLAS debe entrar ya en prensa. Yo daría un artículo de viaje; pero ¿y lo que corre por ahí?

Es preciso ver lo que corre.

Corramos.

Madrid arde; el calor que aquí hace no se puede sufrir.

Esto ya es algo. Lástima que no sea noticia fresca.

¿Dónde buscaré algo?

¿En la calle? ¿Qué hay en las calles? Nada.

¿En los teatros? ¿Qué hay en los teatros?

Corro á saludar á Gaztambide.

Este amigo me asegura que tiene obras en cartera, que las pondrá en escena con lujo y con aparato. Que ha contratado sesenta y pico de niñas bonitas, y que pasaremos agradables noches en su teatro.

Enterado y lo celebro.

Corro á ver á Arderius.

Acaba de hacer negocio en Barcelona. Trabaja activamente para empezar su temporada pronto; tiene obras y muchachas bonitas, y desea que Pedrosa hable mal de él, ignoro por qué.

Quedo enterado también, y también lo celebro.

Sr. Velasco:

¿Tendremos artistas de *primo cartello*, Tamberlik, óperas nuevas, orquesta excelente, vestuario espléndido?

—Indudablemente. Puede Vd. anunciarlo así en seguida.

Lo anuncio.

¡Corramos, corramos!

¡A la plaza de la Cebada.

¡Oh! Sr. de Córcoles y compañía. Necesito dramas por todo lo alto, títulos llamativos, *El último zafar-*

ranchos, *Matar por pasar el tiempo*, *Los eunucos*... Necesito todo eso, un par de mágias, y público, mucho público...

—Todo lo tendrá Vd., porque tal es mi deseo. Me parece bien, y lo aplaudo anticipadamente.

¿Qué queda? ¿Quién se embarca? D. Julian Romea, D. Pedro Delgado, D. Joaquin Arjona, ¿se animan ustedes?

El primero.—¡Me animo!

El segundo.—¡Me animan!

El tercero.—¡Animarémonos!

Yo.—Enterado. Esto ensancha el ánimo.

¿Adónde corro ahora?

¡Noticias, noticias!

Santistéban se casa. ¡Viva Santistéban!

¡Más noticias, más!

Entonces, ¿qué es lo que corre por ahí?

Lo que corre por ahí soy yo, según veo.

Y yo no puedo correr más, el polvo del viaje, el cansancio, la fatiga, la emoción, la pereza, el fastidio.

Eusebio Blasco.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

LORD DERBY.

Lord Derby,—lo saben todos los que no lo ignoran— es actualmente el jefe del gabinete que rige los destinos de Inglaterra.

Este elevado personaje parece destinado á demostrar para qué puede servir la aristocracia con sentido comun.

Es el tipo completo del *gentlemen* inglés de nuestros dias: además ha dado nombre al *Derby-Day*, una de las solemnidades que celebra Inglaterra en honor del arte hípico.

Todavía no se ha olvidado su famoso caballo *Taxophitile*, que vendió no hace mucho á lord Glasgow en setenta mil francos.

Para comprender las cualidades que distinguen á lord Derby, es necesario verle en Kanowsley, en su casa, en sus granjas, en sus caballerizas, en el *Turf*.

—Todo lo hace bien menos la política, ha dicho uno de sus admiradores.

Y esto no porque le falte talento, no porque le falte experiencia, no porque no posea ese delicado tacto, ese conocimiento de los hombres y de las circunstancias indispensable para gobernar; pero carece de amor al poder, fáltale el *the love of office* que tanto recomienda sir Roberto Walpole.

Esta es la causa de que hasta la muerte de lord Palmerston no haya hecho toda la fortuna que ha debido hacer, y sigue siendo la de que sus amigos confien poco en la duración de su ministerio.

Nació en marzo de 1796, en el Lankashire.

En 1822 empezó á formar parte de la Cámara de los

Comunes: cuatro años despues adquirió gran reputacion de orador.

Todos admiraban su habilidad, su profundo tacto para el ataque y la defensa. Macauley, atribuyendo á instinto su arte parlamentario, asegura en sus obras que no puede citarse un ejemplo de otro orador que como lord Derby haya adquirido hablando una vasta instruccion.

En 1841 aceptó la cartera de las Colonias; despues figuró al frente de la oposicion proteccionista, y en 1852 recibió la mision de formar un gabinete.

Al cabo de ocho meses tuvo que retirarse, muriendo á manos de la mayoría de la Cámara de los Comunes.

Lord Derby puede pasar hoy por un tory, porque aun cuando se le considera como jefe del partido conservador, pertenece á la escuela ecléptica fundada por Canning, y cuya encarnacion suprema ha sido lord Palmerston.

A pesar de la grande afinidad que ha existido entre estos dos grandes hombres políticos, no ha habido nada más opuesto que su respectivo carácter: con decir que lord Derby es inglés y que lord Palmerston era irlandés, está dicho todo.

El primero es el tipo completo de la raza anglo-sajona, con todas sus cualidades, pero sin su defecto capital, que dicho sea de paso, le sentaría muy bien, porque este defecto es la obstinacion, lo que los ingleses llaman el *Doggdness*, particularidad del perro que no suelta su presa.

Nadie ignora que lord Palmerston ha sido un gran admirador del bello sexo: sus relaciones, alguna de ellas ilegales, han servido durante mucho tiempo de pasto á la crónica escandalosa de la *Cyté*, y aqui, á propósito de esto, la mala pasada que lord Derby jugó á su amigo y correligionario.

Acababa de inaugurarse una de las exposiciones de pinturas de la Academia real, los ministros solian visitarla antes que el público, y lord Derby, que salia, se encontró en el vestibulo con lord Palmerston, que entraba acompañado de numerosos amigos.

—¿Hay algo de notable? preguntó el segundo al primero.

—Poco ó nada; sin embargo, preciso es hacer justicia á un magnifico retrato de lord Strafford:

—¿De veras?

—Es soberbio.

—Pues voy á verle. ¿Qué número tiene?

—No he podido olvidarle; es el núm. 174, y está en el gran salon.

Lord Palmerston, que tenia motivos para desear ver á lord Strafford más bien retratado que no de carne y hueso, se apresuró á buscar el retrato.

Uno de sus amigos, que llevaba el catálogo, despues de hallarse enfrente del núm. 174, buscó la explicacion del cuadro que tenia delante.

El cuadro era de género, bastante malo, y representaba á un marido esperando á que su mujer le abra la puerta de su gabinete, en tanto que ella despide por la puerta opuesta á su amante.

—Se ha equivocado en el número lord Derby, dijo uno.

—No por cierto, dijo lord Derby, comprendiendo la jugada.

—¿De dónde saca que este cuadro es un retrato?

—Cuando él lo dice no se equivoca; tiene mucho ojo.

La anécdota circuló, y lady Strafford tuvo que retirarse al fondo de una provincia.

Todos los Derby se han distinguido por su excelente salud: los que han muerto más jóvenes pasaban de 80 años.

El padre del actual jefe del gabinete británico pasó en sus tiempos por ser el inglés que más vino de Oporto había bebido: el hijo hace honor á su padre.

Concluiré este bosquejo diciendo que su abuelo casó en segundas nupcias con Mis Farren, célebre actriz de su tiempo, cuya reputacion de virtud igualaba á su reputacion artística.

A pesar de esto, á nadie se le ha ocurrido en Inglaterra considerar esto como una mancha en la familia; el mismo lord Derby se vanagloria de pertenecer á la aristocracia de la sangre y á la aristocracia del arte.

Para terminar: la pasion más arraigada en el primer ministro de Inglaterra es la de los gallos; asistir á sus luchas, tomar parte en las apuestas, pretender conocer las razas y las cualidades, es más grato para lord Derby que la direccion de los asuntos públicos.

Esto es verdad, aunque en España haya pocos que lo crean.

Gil Blas.

¡PAFF! ¡PUFF! ¡PIFF!

(Conclusión.)

Era el trovador Mozuf, mozuelo de pocos años, que ignora los desengaños de este mundo baladí.

En llama de amor inmensa se consume el desdichado, que está el pobre amelonado por la *estrella marroquí*.

Y sin temor á los puños del marido barbarote, se lanza, nuevo Quijote, en alas de su pasion; y Zuleyma que le escucha y que su arrogancia mira, llena de rubor suspira, siente arder el corazon.

Con rapidísimo vuelo su imaginacion compara, de Mozuf la bella cara con la cara de Tarif, y al sacar la consecuencia aumenta su devaneo... pues es Tarif el más feo de los vecinos del Riff.

Duda; con afan violento se aproxima á la ventana, roja su frente cual grana, rutilante su mirar; y el mocito que no es bobo, pues en amor nadie es niño, hace á su adorada un guiño y se pone á suspirar.

Ella, vencida, arrobada, al ver como la hace *el oso*, en éxtasis delicioso pronuncia el ansiado *sz*. Lo cual prueba (no atestiguado con infolios ni embelecós), que son *ellas* en Marruecos lo mismo que por aquí.

II.

Era una noche sombría, zumbaba el fiero aquilon, espesa niebla cubria al mundo, y sobre él caia un tremendo chaparron.

Al estruendo horripilante de las tumultuosas aguas, en el desierto gigante se anegaba el caminante que viajaba sin paraguas.

En la inmensidad perdido el confuso son del trueno retumba, y cual un quejido, solo se escucha el ronquido del vigilante sereno.

Dan las dos; es el instante en que Mozuf delirante y el alma, de amor esclava, con la Sultana arrogante está pelando la pava.

Y en medio de la locura en que cifran su ventura, jurándose eterna fé... dice una voz con pavura: —¡Ah, granujas, os pesqué!

Es el marido rugiente; y aunque Mozuf es valiente, se pone el pobre á temblar... Zuleyma creyó prudente empezarse á desmayar.

Tarif los coge la mano y los arrastra en un brete con esfuerzo sobre humano á un oculto gabinete que se encontraba cercano.

—¡Viles! ¡mi venganza oid y así saldremos de apuros... —tomad, fumad y morid! dijo, y presentó tres puros fabricados en Madrid.

Se pusieron á fumar Tarif, Zuleyma y Mozuf... y al minuto de empezar se les oyó reventar resonando ¡piff! ¡paff! ¡puff!

III.

Murió la bella Sultana; la sobrina de Muzaf hizo ¡paff!

Y el galan, como arpa vieja reventó: ¡pobre Mozuf! hizo ¡puff!

Y tambien hecho un Otelo, estallando el cruel Tarif hizo ¡piff!

Aun en los montes del Riff resuena como un lamento, un melancólico acento que repite ¡paff! ¡puff! ¡piff!

Respetando los adelantos de la ciencia, así como los esfuerzos de los hombres inteligentes que tanto han contribuido á su desarrollo, dejamos á nuestro amigo y colaborador el Sr. Hernando la responsabilidad de las apreciaciones contenidas en el siguiente artículo:

ALÓPATAS Y HOMEÓPATAS

Descubríos, queridos lectores, y saludad con respeto á estos valientes paladines que há tiempo libran singulares batallas, en las que siempre paga la pobre humanidad el pato.

Unos luchan y otros sirven de espectadores, se ha dicho; pero aquí no se sigue la regla y los espectadores no sirven de tales, sino de objetos de *espectacion*.

Contraria contrariis curantur, proclaman los más sesudos, los que han tenido dos deditos más de razon en todos tiempos.

Similia similibus curantur, pregonan los otros, no tan sesudos ni razonables quizá, pero sí más cono-

ros de los gustos y de las extravagancias de esta época.

Y mientras estos recorren sus opuestos caminos, el humano paciente, *impatius, quia non est eternus*, se impacienta y da con la cabeza en las paredes, á luego que empieza á notar que están rotas y descompuestas las sensibles ruedas de su débil máquina.

Los alópatas adoptan la *curacion por los contrarios*; los homeópatas siguen la *curacion por los semejantes*, y el pobre mortal, que no comprende esta jerga, pero que siente sus efectos, si no cierra el ojo, se queda por lo ménos como quien ve visiones.

La humanidad... pero dejemos esta pecadora y circunscribámonos al asunto de este artículo, empezando por la historia de la creacion del primer homeópata.

Hahnemann, el fundador de la homeopatía, era, al decir de los actuales homeópatas, un médico de una sabiduría inmensa que gozaba de gran reputacion.

Al cabo de ocho años de práctica médica y teniendo una clientela numerosa, se le puso en la cabeza que la medicina, ciencia que le habia valido renombre y fortuna, era una quimera.

Y la abandonó en el acto preguntándose, al considerar sus enfermos, si Dios podia haber creado el mal sin haber puesto al lado el remedio.

Y desde entonces empezó á buscar el remedio creado por Dios.

Y, como los homeópatas son afortunados aun antes de nacer, encontró el remedio, que era el mismo que aplicaba anteriormente; la quina para las intermitentes, el azufre para las enfermedades de la piel, etc., sino que aquí debia usarse á dosis infinitamente pequeñas.

Averiguó él solo, y los homeópatas despues de él, que la quina producía la fiebre al que la tomaba en estado de salud, y se dijo con aire inspirado:

«Si la quina produce la fiebre, debe curarla cuando se ha adquirido sin quina.»

Tomó, pues, un gramo, por ejemplo, de quina y lo mezcló perfectamente con treinta veces cien gramos de azúcar en polvo.

Y este gramo de azúcar, en el cual la presencia de la quina se escapa á los procedimientos químicos del análisis, debia curar sin remedio las tercianas y las cuartanas.

Y hé aquí ya el remedio creado por Dios y encontrado por su profeta.

Pero permítanos ahora á un alópata hablar sobre la homeopatía. «Había en Viena, dirá el fogoso paladin, un farmacéutico que habia dado por espacio de muchos meses *agua clara* á todas las personas que le pedían un remedio homeopático: pues bien, señores, nadie lo notó ni nadie se quejó, excepto una persona, un médico homeópata, que hizo severos cargos al farmacéutico; ¡por qué dirán Vds.? ¡porque habia dado á su cliente una dosis *demasiado fuerte!*»

¿Qué es la homeopatía, preguntarán nuestros lectores, y de qué sirve?

La homeopatía está basada en el principio de la *division infinitesimal*, sin límites, en el rigoroso sentido de la palabra; la homeopatía bien entendida—seamos tolerantes—puede ser buena y producir buenos resultados, y en este caso es la medicina de las personas que se hallan sin novedad, de los enfermos imaginarios y de la gente que, no sabiendo en qué ocuparse, pasa el tiempo creyéndose enferma.

Y dicho se está, que estos que por otra parte tienen dinero de más, solo necesitan para curarse que se les dé agua clara.

De aquí se siguen los grandes triunfos de los homeópatas.

Esto no quita para que entre los homeópatas haya excelentes médicos alópatas que, cuando el caso lo requiere, suelen emplear la quina, la estricnina, los calomelanos y el emético á dosis que no tienen nada de infinitesimales.

Del mismo modo hay entre los alópatas excelentes homeópatas, que saben emplear á tiempo pequeñas dosis y aun el agua clara, y las píldoras de miga de pan.

El paciente está enfermo de imaginacion, y es preciso tratarle con medicamentos imaginarios.

Pero la verdad es que, si bien hay médicos dignísimos, se cuentan en uno y otro campo ignorantes y charlatanes que no saben curar, ni con que curar, y que sin embargo, curan á pesar de ellos y del remedio.

Pongamos un ejemplo recientemente acaecido en Francia, capaz por sí solo de dejar á uno absorto; ahora va con los alópatas:

Un médico mandó un medicamento enérgico á su

INOPORTUNIDADES



—Y aquí, ¿qué diablos hay que comer?
 —Señorito, de todo.
 —Vaya: tráeme un bouillon, un rostbeef, une brochette de foie y un poco de Gruyere.
 —Pues si su mercé no se enfada, ponga todo eso por escrito y el chico irá á traerlo de la botica, porque aquí no tenemos melecinas.

—Mozo; ¿qué hay de comia?
 —Hay bisteck, entrecotte, flet de vaca.
 —¿Qué es eso de bistel?—Tráeme un bistel.—No: tráeme dos bisteles.
 —¿Y Vd., señora?
 —¿A mí? Tráeme puchero.

cliente; era un alcalóide que siguiendo á Balzac, llamáramos *diabolina*, extraído de una planta muy rara que dá cortísima cantidad, era en suma, un medicamento que podía matar á la dosis de cinco centigramos y estaba completamente abandonado en la medicina. El farmacéutico, que no es español, y además veía muy turbio, se le pidió al droguero, y éste á un químico, merced al cual, el enfermo tuvo el medicamento y se puso peor.

Se cambió de farmacéutico y por consiguiente de droguero y de químico, y el enfermo se curó en seguida. El farmacéutico recibe entonces las felicitaciones de la casa, éste las pasa al droguero, que las trasmite á su vez al químico; pero éste, que tenía mañas homeopáticas, soltó una gran carcajada: sabiendo que el remedio pedido estaba mejor en los tratados de química; le había dado un poco de azúcar.

Tal es el lugar en que mutuamente se dejan los alópatas y los homeopatas.

Y sin embargo, cuestionar hoy sobre la utilidad de la medicina, sería querer probar un hecho evidente y que en serio no puede ponerse en duda.

Le acomete á un individuo un cólico, una pulmonía ó un accidente apoplético, y no se avisa á un oficial de caballería ni á un consejero de la corona para que le cure. Tiene uno cataratas y no se busca á la vecina de enfrente para que se las bata.

Habrán enfermedades y no faltarán médicos dignos que las alivien; pero también habrá charlatanes, porque no faltarán tontos y amigos de lo maravilloso, y sabido es que son numerosos los que prefieren al buen sentido y á la razón las enormidades del charlatanismo.

Faustino Hernando.

MI TRAJE

—Yo tengo un traje muy elegante para los días en que no tengo un cuarto.

De aquí resulta que me he adquirido en la sociedad el concepto de hombre que por lo general viste bien.

Cada uno tiene su filosofía.

La mayor parte de los hombres son una especie de mujeres que arreglan sus costumbres por las ideas más fútiles y más indignas de la gravedad humana, y así por ejemplo, en el vestir, van de cualquier modo en los días ordinarios, y se visten el día de fiesta, sin contar los que reservan un pantalon de Escocia para el día del Córpus, una corbata de Lyon para Jueves Santo, ó una camisa de Holanda para la Pascua de Pentecostés.

Los demás días son para el trabajo, pero hay algunos que son exclusivos para exhibirse, para enorgullecer á los sastres y á las fábricas de paños, para decir «eh, señores ¿no me miran Vds.? aquí estoy yo.»

Pues bien, yo filosofé de otra manera.

El traje, me dije, no es más que la hoja de parra civilizada.

La hoja de parra que crece y crece y tapa objetos á medida que la humanidad descubre ideas.

Aquella hoja, que hoy sería un escándalo, era un traje pudorosisimo á la vista ménos delicada de nuestros padres.

Peor para ellos, pues nadie dudará que el traje es una fuente de sorpresas y un conservatorio de placeres, y que bajo este concepto goza más la Europa vestida, que el Asia desnuda.

Profundizando así en lo más intrincado y filosófico del traje, que es como si dijéramos, metiendo mi inteligencia en costuras, vine á deducir que el fundamento, base y sustancia del traje no son otros que llenar su fin social: que consiste en tapar al individuo.

Pero, continué, la sociedad ha maleado este fin exigiéndole, segun es más ó ménos elegante ó más ó ménos caro, que represente otra cosa, esto es, que tiene usted ó que no tiene Vd. dinero.

Hé aquí resuelto mi problema.

Yo no cedo ante la exigencia social de ir bien vestido para alternar en ciertos círculos, sino cuando carezco de aquel otro elemento, ó tintura madre, como diría un homeópata.

Cuando tengo una onza en el bolsillo, lo cual ocurre... (y bien pudiera ocurrir) entonces voy de cualquier modo,

porque si el buen traje no es más que apariencia de dinero, yo llevo entonces la esencia del traje, ó sea el dinero.

Es día de fiesta. Me acerco á un círculo de amigos, todos *comm'il faut*. Miran con cierto desden mi levita algo antigua y un sí es no es achacosa; pero les digo: «Ea, caballeros, vamos un rato á la Iberia.»

Nos vamos al café, tomamos todos y pago.

—Hombre, Columela, quiero que salgamos esta tarde juntos á paseo.

—Mira, sí, vete por casa que allí te esperará este.

—Ó nosotros iremos á la tuya, si te parece mejor.

—¡Caramba! ¡Cómo me gustó el artículo que escribiste el otro día!

—No, la verdad es que tú para esas cosas...

Y yo entre tanto dirijo una mirada observadora alrededor de las levitas nuevas y digo para mí: no teneis un céntimo.

Salgo de noche. Me encuentro unas señoras amigas mías, me ven de pérdis y me reciben con mala cara; pero andando, andando, llegamos á los Campos Eliseos. Son cuatro hermanas, un hermanito, una tía y la mamá: les tomo las entradas.

—¡Siéntese Vd. á mi lado, Columela!

—No, no, aquí se oye mejor la música, mamá.

—¡Qué chistosísimo está Vd. esta noche, Columela!

¡Ay Jesus, mis hijas no saben qué hacerse con Vd.!

—¡Columela!..

—¡Pero, Columela!...

Y yo exclamo: pues señor, bien vestido voy. ¡Lo que puede un duro! Digo mal, treinta y dos reales.

Los días en que no puedo alternar de este modo me pongo mi levita flamante, bota nueva, pantalon de franja, sombrero chiquitito, corbata verde y guantes de color de lila, y el hombre que me ve, dice: «esta es una persona decente» y las damas que me miran: «qué chico tan elegante» y es lo mismo.

Así es el mundo.

Con que voy á cepillar mi traje, que tengo que salir hoy.

Columela.

CABOS SUELTOS

Un brillante porvenir se abre ante la humanidad *mal formada*.

Arderius conoce que el hombre se divierte con las flaquezas del hombre, y ha hecho publicar el siguiente anuncio:

Á LOS FEOS.

«La empresa de los BUFOS MADRILEÑOS hace saber á todos los coristas *feos* y de figura desagradable, que necesita diez de estos señores, con la expresa condicion de tener voz y buenas costumbres. El sueldo será el de 10 reales diarios.»

Despues de todo se me figura que esto es pedir gollierías.

¡Voz, buenas costumbres y desagradable figura...!

¡Pues con estas cualidades hay para hacerse capitulista!

..

Para probarme, es un hecho, doña Inés su afecto fino, me dió un almuerzo mezquino, diciendo:—¿Estás satisfecho?

Y como el mentir desdora, contesté con dignidad: —¡Si he de decir la verdad, estoy hambriento, señora!

..

La historia de los perros acaba de enriquecerse con una nueva página.

Vds. saben que estos dias atrás hubo un descarrilamiento en el ferro-carril de Lyon.

Aquella fué una verdadera catástrofe.

Pues bien; es el caso que un señor salió de su casa para tomar asiento en el tren descarrilado.

Acompañábanle su perro, su esposa y su criado.

He citado antes al perro porque su amo le amaba con delirio, más aun que á su costilla.

La comitiva se puso en marcha, y antes de entrar en la estacion notó que el perro se habia eclipsado.

—No, pues lo que es yo no me voy si el perro no parece... busquelo Vd., José, dijo al criado.

—Pero, hombre, exclamó su consorte, que el tren se va á marchar.

—No me voy, ea... y se puso á llamar al animalito.

Al cabo de cinco minutos volvió el doméstico.

—¿Y Medoro?

—¡Ay! señor... no quiere venir.

—¿En dónde está?

—Ahí al lado... está haciendo la corte á una perrita de aguas, y no hay quien los separe.

—Déjelos Vd... ¡animalitos!

—La campana... ¿lo ves? el tren se marcha y nos quedamos en tierra.

La señora se desesperó.

Al dia siguiente se tuvo noticia del siniestro.

—¿Lo ves? exclamó el marido triunfante; si nos vamos, la hacemos. El amor de nuestro perro nos ha salvado.

Y gracias á esto, el perro D. Juan Tenorio pasará á la historia.

..

En un bosque próximo á Paris ha aparecido un hombre ahorcado.

En su bolsillo hallaron una carta en la que decia: «Desde que he salido de Clichy no sé qué hacer; nadie presta ahora, ¡me aburro y me ahorcó!»

¡Clichy era una gran institucion!

..

Dos ciegos se tropiezan.

—¡Bruto!

—¡Bárbaro!

—¡Ah! ¿eres tú, Lucas?

—Sí, Márcos.

—¿Y qué tal de salud y de pesetas?

—Ya lo estas viendo, chico: sin un mal céntimo.

—¡Te veo!

..

Dijo un autor remilgado que iba á escribir un tratado, y preguntóle Teresa: —¿Sobre qué? Y dijo el cuitado: —Señora, sobre una mesa.

..

El célebre Mr. Renan anunció hace poco en Paris, una conferencia destinada á rehabilitar á *Faustina*, mujer de *Marco Antonio*, tan calumniada por la historia.

Este anuncio produjo gran sensacion entre las loquetas de Paris.

El salon se llenó de *ces dames*.

Mr. Renan entusiasmó á su auditorio.

—¿Qué te ha parecido, Fifine? preguntó una á otra.

—¡Qué ha de parecerme! con hombres como Mr. Renan, no hay miedo á la posteridad...

..

Un abogado defendia á un reo.

Este habia dado muerte á otro individuo que habia querido practicar en él la misma operacion.

El defensor era vehemente, entusiasta, retórico.

—Mi defendido, exclama, se ve de pronto sorprendido por el muerto.

El auditorio rie.

—Sí señores, añade, el muerto le cogió con una mano los cabellos y con la otra... ¡Ah! Con la otra le dirigió una mirada amenazadora.

El excesivo calor de su improvisacion le habia asfixiado.

..

Un periódico dice que un cajero ha *distraido* de la caja de su principal una crecida suma.

Si se *aburría* en el fondo del arca nada más natural que *distraerla*.

Lo peor es que estas *distracciones* cuestan muy caras.

..

Cantares.

Que la cabra tira al monte dice un refran castellano; tu nodriza fué una cabra y... francamente... ¡me escamo!

Para cualquiera quehacer se pinta sola Leonor: ¡Ya lo creo que se pinta! En cuanto amanece Dios.

Anda, vete por el mundo; que, como dice el refran, el mundo te dará el pago de lo que tú al mundo das.

De la rosa y el clavel gusta á Laura el clavel más; para mí, rosa, clavel y Laura, todo es igual.

Es la ilusion gota de agua, es el corazon arena; ella cae, él se humedece, ella se ensancha, él la seca.

..

Ha muerto un loco en un pueblo de Francia.

En su testamento se han hallado cosas sumamente originales.

«Dejo mi cabeza, decia, al Cuerpo legislativo, porque un cuerpo sin cabeza no sirve para nada, y mis dos pies al país que lo necesite para andar en cuatro.»

El testamento es largo, pero chistoso.

¡Qué cosas tienen los que no tienen juicio!

..

En un gabinete.

—Créalo Vd., señora, el Himeneo sigue al amor como el humo á la llama.

—¡Por eso el amor es humo! dijo un poeta.

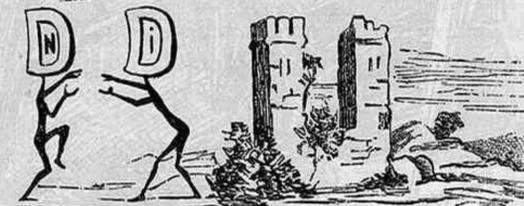
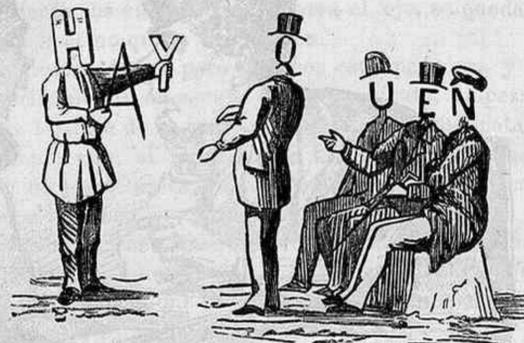
—Y el matrimonio rescoldo, añadió un positivista.

..

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—A la mujer y á la cabra, cuerda larga.

JEROGLÍFICO



CHARADA

—Dime, mujer hechicera, ¿me quieres cual yo te quiero? —Recuerda que por enero ya te contesté *primera*. —Si á *tercia* y *cuarta* vinieres mi contento inmenso fuera. —Haz *primera* con *tercera* si dices que bien me quieres. Si *segunda* con *tercera* en varias partes ya tienes ¿por qué has gastado tus bienes con tu amada Baldomera? —No es verdad.

—Claro..... el que hace *segunda* y *prima* el mentir, para del paso salir sirve, más no satisface. —¡Adios, que me causa risa! —¡Adios para siempre... Adios! —Escucha..... ¡vete con Dios! Y al *todo* me fui de prisas.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.



Á LAS SEÑORAS DE BUENA HIGIENE.

ACEITE DE BELLotas, INODORO, PARA EL TOCADOR.

El arte de cuidarse los cabellos data de muy antiguo: las mujeres griegas y romanas, entre las que se encuentran las Aspasia, las Cleopatra, las Laís, las Popenas, las Sabinas, etc., célebres en los anales de la belleza, se hicieron admirar por sus hermosas cabelleras. Nuestro aceite de bellotas es el único para conservar, dirigir y desarrollar vuestros cabellos y ponerlos en condiciones envidiables como aquellas. Abandonad los aceites y pomadas con aromas si no queréis esponeros á perder vuestro natural adorno de la fisonomía. Se vende á 6, 12 y 48 rs. frasco, calle de Jardines, núm. 5, Madrid.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. RR.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia. Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

Editor responsable, D. José Perez.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.